

LA *LECTIO DIVINA* COMO *OPUS THEOLOGICUM* EN LAS HOMILÍAS DE SAN JUAN CRISÓSTOMO

**SOBRE EL PRÓLOGO DEL
EVANGELIO DE SAN JUAN**

José Luis Villacís, oco¹

Resumen

La *lectio divina* constituye el fundamento espiritual por excelencia de la vida monástica. Y ello por varias razones: en primer lugar, por ser el contacto permanente con la Palabra de Dios capaz de moldearnos, purificarnos y santificarnos. Además, porque nos ayuda a reencontrar nuestra imagen de Dios plasmada en nuestro interior desde toda la eternidad. Finalmente, porque se adecua a nuestra realidad concreta, nos dirige, nos conforta y nos confirma en la vocación recibida. De lo contrario, nuestra vida

¹ Monje de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia. Monasterio Santa María del Paraíso, Latacunga, Ecuador.

monástica estaría dependiendo de cualquier doctrina, ideología o de la moda vigente. S. Juan Crisóstomo nos expone algunos consejos para vivir adecuadamente nuestra *lectio* y nos motiva a buscar celosamente nuevos horizontes intelectuales (generar el *opus theologicum*) y espirituales, capaces de cualificar nuestra consagración monástica y de dar un aporte a la Iglesia en la que vivimos.

Introducción

Acercarnos a la Palabra de Dios genera ciertos inconvenientes. Al leerla nos encontramos con textos que, en la mayoría de los casos, nos producen gozo, paz y alegría. Sin embargo, hay pasajes bíblicos que nos desconciertan: guerras, muertes, envidias, discordias, asesinatos, etc. Además, si pretendemos estudiarlos desde el punto de vista histórico, lamentablemente nos encontraremos con inexactitudes y anacronismos. Todo ello hace de la Sagrada Escritura, un texto misterioso pero atrayente, incomprensible, generador de paz. Con toda esta complejidad, ¿cómo pretender acercarnos y con qué herramientas lograremos una comprensión real, vital y espiritual?

Juan Crisóstomo, como muchos otros autores espirituales, nos presenta una serie de recomendaciones que nos permiten adentrarnos en el mundo de la Palabra. No se trata de introducirnos como si fuera un libro cualquiera, sino de facilitarnos unos medios extraordinarios que contribuyan a nuestro deseo: la fe, la paciencia, la perseverancia, la diligencia, y, sobre todo, el acompañamiento

del Espíritu Santo, dador de la vida, capaz de generar en nuestros corazones los frutos de la Palabra de Dios. Imperceptiblemente, Aquél trabaja en nuestra vida y permite que la Palabra sea actual, viva y eficaz, generadora de nuevos conocimientos teológicos y espirituales.

Para adentrarnos en la reflexión que hace el Patriarca de Constantinopla sobre la *lectio divina* (término que él no emplea, pero que lo utilizamos para una mejor comprensión de sus enseñanzas), vamos a esbozar nuestro estudio en cuatro secciones: en primer lugar, abordaremos una exposición sucinta de su pensamiento teológico en las homilías. En segunda instancia nos detendremos en el cuerpo de la materia: condiciones preliminares, desarrollo y la generación del *opus theologicum* (obra teológica) producto de la *lectio divina*. Luego, en el tercer capítulo expondremos una reflexión teológica de Jn 1,18 como ejemplo de toda esta dinámica estudiada. Finalizaremos con algunas conclusiones, a manera de síntesis, que nos ayuden a captar lo esencial de todo nuestro trabajo.

1. Exposición general del pensamiento teológico de san Juan Crisóstomo² en las homilías sobre el Evangelio de san Juan

El pensamiento teológico es abordado desde varios campos: trinitario, cristológico, mariológico, antropológico (sobre el pecado original y la vida sacramental) y moral³.

1.1. Misterio de Dios

Crisóstomo recalca no solamente la divinidad perfecta del Verbo, sino su eternidad, la cual constituye uno de sus atributos. Para contrarrestar el argumento de los arrianos que afirmaban que el hijo no es Dios y tuvo un principio, desarrolla la doctrina de la condescendencia⁴ o abajamiento divino para determinar cuál

² Juan Crisóstomo nació en torno al año 350. Se formó en el círculo de Diodoro de Tarso, consagrándose al estudio de la Biblia y a los ejercicios ascéticos. Luego de un breve período monástico fue ordenado diácono por Melecio y en el 386, presbítero por Flaviano. Al morir Nectario, el 27 de septiembre de 397 fue elegido Patriarca de Constantinopla. Su carácter intransigente y poco diplomático le valió la enemistad de la emperatriz Eudoxia, quien, con el apoyo del emperador Arcadio, lo desterró en dos ocasiones. En la última, en la región del Cáucaso, falleció el 14 de septiembre de 407. En cuanto a sus obras se pueden agrupar en tres secciones: sermones, tratados y cartas. Dentro de las primeras podemos destacar las homilías exegéticas, dogmáticas y polémicas, discursos morales, sermones para las fiestas litúrgicas, los panegíricos y los discursos de circunstancias. (Cfr. VICIANO, A., *Patrología*, EDICEP, Valencia, 2001; QUASTEN, J., *Patrología II*, Biblioteca de Autores Cristianos, 5ta. ed., 1994; Cfr. TREVIJANO, R., *Patrología*, Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 2001, 3ra. ed.; Cfr. DI BERARDINO, A. (ed), *Diccionario Patrístico y de la antigüedad cristiana II, J-Z*, Sígueme, Salamanca, 1992)

³ Cfr. QUASTEN, J., *Patrología II*, Biblioteca de Autores Cristianos, 5ta. ed., 1994, pp. 528-537; Cfr. JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el evangelio de Juan*, Biblioteca de Patrística, Ciudad Nueva, p. 21-35.

⁴ La condescendencia es para Dios el hecho de aparecer y de mostrarse, no tal cual es, sino tal y como puede ser visto por quien es capaz de semejante visión, proporcionando

naturaleza de Cristo tiene relación con los pasajes neotestamentarios. “Siendo Hijo de Dios, se hizo hijo del hombre para lograr así que los hombres llegaran a ser hijos de Dios”⁵. Esto no significa que la divinidad sufra menoscabo al unirse con la humanidad. Al contrario, esta es elevada a su dignidad más alta, a una gloria inefable.

Es así que se puede hablar de la encarnación del Verbo: “Dios, que creó al ser humano desde el principio, le tendió su mano y volvió a recrearlo de modo sobrenatural”⁶. Es decir, lo hizo enviando a su propio Hijo.

1.2. Cristología

Crisóstomo, ante la crisis arriana, distingue claramente “entre *ousía* y *physis* para significar naturaleza, e *hypostasis* o *prosopon* para significar persona. «Enseña que el Hijo es de la misma esencia que el Padre (...). Prefiere, sin embargo, otras expresiones, como “igual al Padre”, “igual en esencia”, “igualdad en esencia”»⁷:

“Si alguien en estas palabras quiere entender por conocimiento la visión, no lo contradiré. Pues dice Cristo: El que me conoce, conoce también al Padre. Pero no es eso lo que quiere significar Cristo, sino demostrar su consubstancialidad con el Padre. Como si dijera: El que conozca la substancia mía, conoce por lo mismo al Padre. Instarás: pero

el aspecto que presenta de sí mismo a la debilidad de los que le miran”. (De la Torre, J., *Literatura cristiana antigua, entornos y contenidos*, Vol. III, Monte Casino, Zamora, 2002, p. 188).

⁵ Cfr. Hom. XI,1.

⁶ Hom. XI,2

⁷ QUASTEN, J., *Patrología II*, Biblioteca de Autores Cristianos, 5ta. ed., 1994, p. 528.

¿qué solución es ésta? También el que ve las creaturas conoce a Dios. Sin embargo, todos ven las creaturas y las conocen, pero a Dios no. Investiguemos qué es lo que Felipe anhela ver. ¿Es acaso la sabiduría del Padre o su bondad? ¡De ninguna manera! Sino qué cosa es Dios en su misma substancia. A esto responde Cristo: El que me ve a Mí. Quien ve las creaturas no ve la substancia de Dios. Cristo dice: El que me ve ha visto al Padre. Si Él fuera de otra substancia no lo habría aseverado” (*Homilía LXXIV*)⁸.

1.3. Antropología⁹

Debemos advertir que, el pensamiento de Crisóstomo, referente a la naturaleza humana, tiene una coloración estoica. Ello se verifica en sus concepciones sobre “el libre albedrío, la ley natural y conciencia”¹⁰.

“Dios continuamente se nos adelanta con sus beneficios. No sólo cuando nos sacó de la nada; sino además cuando, una vez creados, nos concede conocer qué es lo que ha de hacerse y qué es lo que no ha de hacerse. Y que este conocimiento lo obtengamos por la ley natural, poniendo en nosotros el tribunal incorruptible de la conciencia...”¹¹.

En cuanto a su concepción sobre el hombre, Juan Crisóstomo lo considera como el centro de la creación¹², y le marca una relación

⁸ JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el evangelio de Juan*, Ivory Falls Books, p. 432.

⁹ JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el evangelio de Juan*, Biblioteca de Patrística, Ciudad Nueva, p. 29.

¹⁰ JUAN CRISÓSTOMO, *op. cit.*

¹¹ Hom. XIV,2.

¹² Cfr. Hom. XXV,2.

estrecha con su Creador. Este interviene en la vida de su criatura, pero no lo hace con violencia sino respetando su libertad¹³. Además, si el hombre acoge a Dios, ilumina su existencia y le concede una gran felicidad;¹⁴ de lo contrario, es esclavo de su propio pecado. No obstante, el hombre no pierde su capacidad de libertad, acude a la penitencia y Dios le acoge con su misericordia¹⁵. En todo caso, “en la vida sobrenatural depende de Dios dar la gracia, pero está en nuestras manos el acogerla con fe viva”¹⁶.

Pero no basta solamente la fe para alcanzar la salvación prometida por Dios. Según Crisóstomo, son necesarias las buenas obras. “No creamos que la sola fe basta para nuestra salvación. Si no llevamos una vida intachable y nos presentamos con vestidos indecorosos a una invitación tan prometedor y alegre, no podemos escapar a la misma pena que padeció aquel desgraciado”¹⁷.

1.4. Moral¹⁸

Si bien las homilias tienen como destinatarios a los laicos y su contenido está referido a varios aspectos de la vida espiritual de los cristianos corrientes, eso no dificulta que las enseñanzas sean aplicables igualmente a los monjes¹⁹.

¹³ Cfr. JUAN CRISÓSTOMO, *op. cit.*, p. 30.

¹⁴ Cfr. Hom. V,4.

¹⁵ Cfr. JUAN CRISÓSTOMO, *op. cit.*, p. 31.

¹⁶ Hom. X,3.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ JUAN CRISÓSTOMO, *op. cit.*, p. 33.

¹⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 35.

Podemos mencionar las temáticas abordadas en las homilías que se circunscriben en el Prólogo: la vanidad²⁰, la ira²¹, la vida viciosa como contrapuesta a la luz divina²², la relación estrecha entre doctrina y buenas obras²³, la humildad²⁴, el desprendimiento de los bienes materiales²⁵, la soberbia²⁶, la fe y las obras²⁷, la esperanza²⁸ y la unidad entre los cristianos²⁹.

Sus sermones tienen bien compaginadas la parte dogmática y moral. Es decir, explica los misterios de Dios con la exhortación a la virtud. Así, por ejemplo, “uno de los temas dogmáticos más importantes en el cuarto evangelio es el misterio de la encarnación del Verbo”³⁰. En él, Crisóstomo fundamenta su doctrina moral, ya que sólo Dios y Cristo conocen lo que hay en el corazón del hombre.

Además, “la vida cristiana en su dimensión práctica consiste en ser imitadores de Cristo”³¹. Una vida moral enraizada en el misterio de la encarnación posibilita al hombre no sólo vivir de acuerdo con las leyes

²⁰ Hom. III,5.

²¹ Hom. IV,5.

²² Hom. V,4.

²³ Hom. VI,1.

²⁴ Hom. VII,2.

²⁵ Hom. VIII,2.

²⁶ Hom IX,2.

²⁷ Hom. X,3.

²⁸ Hom. XIV,4.

²⁹ Hom. XV,3.

³⁰ Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el evangelio de Juan*, Biblioteca de Patrística, Ciudad Nueva, p. 34.

³¹ Hom. XV,3.

de su naturaleza, sino incluso parecerse a Dios³². Para ello hay que seguir un camino, en donde es determinante, en primer lugar, ocuparse de las cosas espirituales, las mismas que son ventajosas tanto para la vida futura cuanto para la vida presente. En cambio, los bienes materiales, si bien son necesarios para el sustento diario, no procuran beneficio permanente ninguno ni en esta tierra ni en la venidera. Esta es la regla primaria y principal para todo peregrinaje. Luego podemos ir sanando las heridas producidas de fuera en la casa del médico espiritual.

2. La lectio divina fundamenta el *opus theologicum*

2.1. Condiciones preliminares

2.1.1. Purificación

Toda preparación implica revisar nuestra interioridad. Es así que el patriarca de Constantinopla nos exhorta a examinar nuestra conciencia y purificarla de todo error y pecado. Si no lo hacemos es difícil que atendamos a lo que nos dice el apóstol ya que “los entregados al pecado son incapaces de sentirse serenos y confiados, aunque nadie haya que les reproche, temen a todos y a todos consideran sospechosos. Perseguidos por los remordimientos de su conciencia, todo se les antoja temible y todo lo miran con inquietud”³³.

³² Cfr. Hom. XII,2.

³³ Hom. V,4.

Es trascendental acotar esta enseñanza, no solamente aplicable para la *lectio divina* sino para nuestra vida espiritual: cuando vivimos en pecado, toda nuestra persona está envuelta en una continua sospecha: cualquier mirada, acción, acontecimiento, etc., los relacionamos con nuestra conducta, con nuestras acciones o con posibles omisiones. Como si todo lo que acontece se fraguara contra nosotros, y atentara a nuestra integridad. Vivimos separados, no obstante, manteniendo la comunión física con nuestros hermanos. Generalmente nuestra vivencia interior regula nuestras percepciones y estas permiten que concibamos desde un determinado matiz todas las vicisitudes: si nuestra conciencia está inquieta y turbada, todo es amenaza; en cambio, si está en paz, todo es armonioso y fluido. Esta coyuntura también es evidente en la *lectio divina*: si vivimos en paz, la Palabra nos infunde ánimo, amor y esperanza; en cambio, si estamos en “sospecha”, sentimos rechazo, miedo y ofuscación. Aquí el peligro estriba en que no nos dejamos interpelar por ciertos mensajes que los consideramos atentatorios para “nuestra justificación”, y, por ende, es imposible distinguir claramente la verdad y el error. Por lo tanto, el hombre que está excesivamente apegado a esta actitud “no puede comprender bien las cosas del cielo”³⁴, anota nuestro Padre de la Iglesia. Ante esta coyuntura, ¿qué debemos hacer?

Para responder a esta inquietud, san Juan Crisóstomo nos aconseja: “Abandona toda curiosidad, hagámonos humildes de corazón, lloremos nuestros pecados como Cristo nos ordenó, hagamos penitencia por nuestras culpas, hagamos con diligencia

³⁴ Hom. VIII,2.

examen de conciencia de los pecados que en la vida pasada cometimos y obremos de modo que nos sean enteramente remitidos”³⁵.

De allí deducimos que nuestra actitud hacia la *lectio divina* es la de purificar nuestros corazones, abandonar el pesado yugo de la mentira y alistarnos a cargar el suave y ligero yugo de Cristo³⁶ para retomar el camino de nuestra configuración con Él. Y una vez depurada nuestra existencia, estamos listos para dejarnos instruir por las enseñanzas del evangelista Juan. Así permaneceremos en “recogido silencio y no solamente hoy o el día en que lo escuchemos, sino durante toda la vida, pues siempre nos será de provecho escucharlo”³⁷.

2.1.2. Disposición y ambientación

Ahora, san Juan Crisóstomo nos aconseja que nos dispongamos a preparar los campos para el cultivo³⁸. Es decir, utilizar todos los recursos necesarios para alistar la tierra de nuestro ser³⁹: lugar, tiempo, estado anímico, texto señalado, etc. Esto nos resulta lógico ya que es necesario fomentar un ambiente solícito para la escucha y la reflexión. Sin embargo, reitera que es menester insistirlo ya que existe el peligro de

³⁵ Hom. VII,2.

³⁶ Cfr. Hom. II,1.

³⁷ Hom. I,2.

³⁸ Cfr. Hom. I,4.

³⁹ “Si en los edificios se construye antes de que estén bien consolidadas las piedras fundamentales, se elevarán paredes poco firmes, prontas a derrumbarse. Quien procura que las primeras piedras estén bien cimentadas y sólo después, poco a poco, va añadiendo pisos, construye un edificio estable y duradero. Imitemos nosotros a esos constructores de casas y edifiquemos nuestras almas de ese modo. Porque, en efecto, es de temer que siendo recientes las primeras piedras, las enseñanzas que recibáis en un segundo momento comprometan las recibidas antes, por no ser vuestras mentes capaces de contenerlas todas juntas” (Hom. VII,1).

caer de una tierra a otra⁴⁰. Esto significa que la dispersión nos motiva a indagar varias fuentes de información para satisfacer nuestro deseo de curiosidad, y, al final, nos quedamos con una cantidad de investigación que no ha contribuido en absoluto a centrar toda nuestra persona sino a dejarla más desperdigada que antes.

Para evitar este peligro, el doctor antioqueño nos induce a centrar nuestra atención en aquellas “verdades tan sublimes, reglas de conducta tan nobles y una filosofía tan profunda como sólo puede ser poseída por quien ha alcanzado los inmensos tesoros del Espíritu...”⁴¹. De todas ellas, nos presenta algunos textos bíblicos que nos pueden ayudar para esta disposición, presentes en su homilía XV: se trata de Pr 16,16 y del Sal 118,18. En ellos vemos que aparecen temas sugerentes, sintetizados en la siguiente máxima: que nuestra venda sea quitada para contemplar la maravilla de la sabiduría divina.

2.1.3. “Buscar la sabiduría como si fuera de plata. Es más valiosa que el oro” (cfr. Pr 16,16)⁴²

En este versículo subrayamos la importancia de pedir esa sabiduría divina, aquella “que genera inteligencia”⁴³, que colma nuestra ansia de plenitud, y que es capaz de atiborrar nuestra mente y nuestro corazón de su influjo sanador⁴⁴. Debemos buscarla como

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Hom. II,1.

⁴² Hom. XV,1.

⁴³ Farmer W. y otros, *Comentario Bíblico Internacional. Comentario católico y ecuménico para el siglo XXI*, Verbo Divino, 1999, 797.

⁴⁴ En la concepción antropológica judía, el corazón es sinónimo de mente. Todo lo que sale del corazón son las obras buenas y malas. En el primer caso: “la lengua del justo es

si fuera el bien más precioso de cuanto existe en la tierra “ya que nos proporciona el discernimiento que nos libera de la destrucción”⁴⁵.

2.1.4. “Quita el velo de mis ojos y meditaré sobre las maravillas de tu ley” (Sal 118,18)⁴⁶

El salmista pretende demostrar que el siervo necesita algo más que la simple palabra. En efecto, “quiere descubrir en el microcosmos de la ley las maravillas de Dios manifestadas en el macrocosmos de la historia; las proezas realizadas en el éxodo, son las maravillas de la ley”⁴⁷.

Para llegar a esta plenitud de vida, es importante convencerse de que, al empezar la *lectio divina*, tenemos puesta una venda que no nos permite contemplar con libertad la ley del Señor. Por esa razón es laudable pedir la ayuda del Espíritu para que nos quite este vendaje y podamos acercarnos más al misterio de la Palabra. Este proceso es paulatino, lento, pero certero, siempre y cuando esté abierta nuestra disponibilidad. De lo contrario, desfiguraríamos el sentido de las Escrituras y caeríamos en la presunción y en el fundamentalismo.

Finalmente amplíemos el sentido de este pasaje bíblico refiriéndonos brevemente a los versículos 17 y 19 con la finalidad de

plata pura, es decir, su mente (manantial de la palabra) es un venero de incalculable valor. En el segundo caso, es producto de una mente vacía, hueca (cfr. AA. VV. *Comentario al Antiguo Testamento II*, La Casa de la Biblia, 1998, 2da. ed., 609. Véase también: Morla, V., *Proverbios*, Desclée de Brouwer, 2011, 77.

⁴⁵ Farmer W. y otros, *op. cit.*

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ Aparicio, A., *Salmos 107-150*, Desclée De Brouwer, 2009, 135.

entablar su contexto. Aparicio comenta, sobre el versículo 17, que “la vida en comunión con Dios es una vida plena, es una vida en la que se guarda la Palabra de Dios”⁴⁸. Luego procede con el versículo 19: “A través de la palabra de Dios, de sus mandamientos, hallará el camino que conduce a casa”.⁴⁹ Entonces, podemos concluir que el lector de la Escritura divina debe ser una persona que, despojada de la venda de la falsedad, entabla una verdadera comunión con Dios y que en su Palabra hallará el camino que le conduce a su verdadera morada.

Con estas premisas, veremos algunos medios que nos ayuden a adentrarnos en las “maravillas de la ley de Dios”.

2.2. Desarrollo

El hecho de que hayamos purificado nuestros afectos y nos dispongamos a profundizar las Sagradas Escrituras, no significa que sea un objetivo definitivamente conseguido. Tomemos en cuenta que no se trata únicamente de un esfuerzo producto de nuestra voluntad, sino que ha sido en conjunto con la gracia divina.

Para mantener nuestra actitud de acogida y disponibilidad, san Juan Crisóstomo nos propone unos sencillos consejos, transmitidos al público por medio de sus homilías, para cuidar esta lectura divina y así vivirla con perseverancia y profundidad:

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ *Ibid.*

2.2.1. *No estudiemos la “Escritura con descuido y desordenadamente, sino con la máxima diligencia”*⁵⁰

Esta sería la recomendación que nos deja el patriarca de Constantinopla. Frente a las incomodidades, incompreensiones, fatigas, etc. es importante perseverar en la *lectio divina* y no dejarla como algo secundario. También nos motiva a hacerlo ordenadamente, pues así evitamos caer en la búsqueda esporádica de lecturas que, en vez de alimentar nuestro corazón, nos entretienen y enfrían el fervor. De manera que nuestra ocupación espiritual es refrescar esa Palabra acogida en la vida cotidiana, capaz de presentarnos algo novedoso frente a las circunstancias y a nuestros encuentros personales. El Señor siempre es nuevo pues “no somos capaces de expresar, ni siquiera de concebir adecuadamente su grandeza, tanta es y en tanto nos excede”⁵¹.

2.2.2. *“No es voluntad de Dios que nos limitemos a escuchar las palabras y las frases de la Sagrada Escritura, sino que con la mayor perspicacia intentemos entenderlas”*⁵² *y examinarlas más profundamente*⁵³

San Juan Crisóstomo nos anima a no quedarnos únicamente en leer y escuchar las Sagradas Escrituras sino a indagar su sentido más profundo con la mente y el corazón. Sin embargo, si nos detenemos a examinarla únicamente con el intelecto, podemos caer en algunos absurdos que pueden tergiversar la verdadera intencionalidad del evangelista. El santo doctor antioqueno ya lo dice así: “Si alguno

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ Hom. II,4.

⁵² Hom. XV,1.

⁵³ Cfr. *Ibid.*

escucha lo que en ella se contiene sin detenerse luego a meditarlo, tomará al pie de la letra todas sus palabras y frases, formándose muchas ideas absurdas acerca de Dios”⁵⁴.

Pero si nos afanamos impulsivamente en entender lo oscuro de ciertas expresiones bíblicas, no solamente caemos en la mezquindad sino en el orgullo de querer entenderlo todo, inclusive exigiendo a Dios que nos lo explique prestamente. Crisóstomo llama la atención a aquellos que se empecinan en tener esa actitud:

“¿Por qué intentas inútilmente comprender con tu razón esa vida infinita que permanece absolutamente inaccesible?... ¿Por qué quieres escudriñar los misterios?... Prueba a indagar acerca del origen de los rayos solares. No conseguirás descubrirlo. Sin embargo, no te angustiarás por eso, sino que te resignarás con tus limitaciones. (...) San Juan, (...), escuchó del Espíritu la palabra “era” y no quiso preguntar nada más. Y tú, que no has recibido las mismas gracias, que hablas fundado en tu mezquina razón, ¿quieres ir más allá de los límites que te han sido concedidos?”⁵⁵.

Por tanto, continúa diciendo:

“... para que no nos suceda lo mismo, (la caída de nuestros primeros padres por pretender transgredir los límites dados por Dios), obedezcamos a Dios, observemos sus mandamientos y no busquemos saber el porqué y el cómo de las cosas con curiosidad excesiva...”⁵⁶.

No obstante, ante la posibilidad de no entender ciertos pasajes, debemos recurrir a la fe como el recurso en el cual debemos apoyarnos.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ Hom. VII,1.

⁵⁶ *Ibid.*

Ya nos lo inculca nuestro exegeta antioqueno: “No cerréis la puerta a esta luz y seréis verdaderamente felices. En verdad, esta luz llega a nosotros mediante la fe y, una vez que nos ha alcanzado, ilumina a quienes de entre nosotros la acogen”⁵⁷. Efectivamente esta convicción nos ayuda a superar la utilización superficial de la Palabra como medio para encontrar la solución inmediata a nuestros problemas, y dejar que el Paráclito, con su omnisciencia, sea el protagonista de nuestra historia de salvación. Así, Él nos recuerda que no estamos solos en este itinerario, sino que nos acompaña.

Con esta confianza, el Señor nos exhorta a no detenernos en la lectura sino a motivarnos más, sobre todo en los momentos de aridez y crisis espiritual. Tampoco se trata de detenernos a medir la eficacia de nuestra lectura en el momento de encontrarnos con esos “obstáculos” sino de mantener una postura metódica, paciente, permitiendo que el mismo Espíritu siga su itinerario de formación para con nosotros.

2.2.3. *“Nadie se afana en investigar lo que es patente a los ojos y se entiende enseguida, sino sólo lo oscuro y que necesita de un prolongado estudio”*⁵⁸

La frase es clara. Aquella lectura que nos lleva a la meditación, a la oración o simplemente a la contemplación, no requiere indagación. Sencillamente dejamos que el Espíritu nos muestre las riquezas de esa palabra acogida; por lo tanto, no es necesario que la razón se detenga en analizarla, ni especular sobre ella. En ese proceso de interiorización, se empieza a generar un nuevo tipo de conocimiento sapiencial que involucra a toda la persona. Esto sería

⁵⁷ Hom. V,4.

⁵⁸ Hom. XV,1.

el inicio de lo que podemos llamar “el *opus theologicum*”. Es una teología producto de nuestra experiencia espiritual que nos genera una nueva comprensión y percepción de nuestra vida.

Por el contrario, para comprender “lo oscuro”, se necesita la ayuda de un maestro que posea un conocimiento apropiado del tema incomprensible. “Luego de haberlas cuidadosamente examinado, vengáis a escuchar mi predicación” dice nuestro patriarca, pues “no será poco el provecho que de este estudio se os seguirá a vosotros y a mí. Yo no habré de fatigarme con exceso explicándoos el significado de cada frase, pues vuestra inteligencia se habrá hecho ya a su contenido”⁵⁹. De esa manera, “vosotros os habéis hecho así más prontos y perspicaces para escuchar y entender”⁶⁰.

2.3. El *opus theologicum* en la jornada monástica

Con esta nueva experiencia espiritual, y enriquecidos con el aporte y la experiencia de maestros que nos ayudan a matizar con mayor soltura esta palabra meditada y orada, somos idóneos para transmitir y ayudar a aquellos que recién empiezan en este camino⁶¹. Nos convertimos, por así decirlo, en maestros de nuevos discípulos buscadores de la verdad, deseosos de configurar su vida con Cristo. No obstante, no dejamos de ser oyentes pues seguimos aprendiendo nuevas sapiencias que contribuyan a nuestro conocimiento teológico. En fin, somos alumnos y también expertos. “Quien conserva en su

⁵⁹ Hom XI,1.

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ Cfr. Hom. XI,1.

memoria lo que aprende y procura acrecentar de continuo su cultura, pronto de discípulo pasará a ser maestro y resultará útil no sólo para sí, sino también para los demás”⁶². Lo importante es que mantengamos lo aprendido y reflexionado y lo sigamos enriqueciendo con nuevos estudios y reflexiones concretizándolos en buenas obras. Pues “carece de utilidad para nosotros la doctrina sin las buenas obras. Aunque poseamos una fe íntegra y la inteligencia de las Sagradas Escrituras, si estamos faltos de la mejor defensa, que es la de una vida buena, nada nos impedirá ser precipitados un día al fuego del infierno...”⁶³.

Este “fuego del infierno”, expresión nada confortable, se refiere especialmente a las consecuencias que palpamos al no recordar la reflexión sobre la Palabra leída. La atención de nuestra mente y corazón se centra particularmente en los acontecimientos inmediatos, en los defectos o debilidades de aquellos hermanos con quienes vivimos, en los planes que tenemos pendientes por cumplir, etc. Todo ello, sin una base orante, se lo vive con tensión y presión.

Por el contrario,

“Cuando el diablo vea que la ley de Dios se ha impreso bien en esa alma, como en una tablilla encerada, no intentará ya acercarse. Allí donde ve las cartas reales impresas, no en una columna de bronce, sino por el Espíritu Santo en un alma religiosa, no puede el diablo mantener la vista y huirá entonces lejos de nosotros. Nada espanta más al diablo y a los pensamientos que sugiere que un alma que medita siempre en las cosas divinas y se sacia de continuo en ese manantial. Por muy desagradable que sea, nada de esta vida podrá ya turbar a un alma tal. Ninguna fortuna, por muy próspera que ser pudiera, llegará

⁶² Hom. IX,1.

⁶³ Hom. VI,1.

a enorgullecerla o ensoberbecerla. Incluso en medio de la más violenta tempestad, gozará siempre de una absoluta calma”⁶⁴.

Por lo tanto, debemos escuchar y retomar continuamente la palabra divina⁶⁵, durante nuestra jornada monástica. Así seremos testigos de nuestro progreso espiritual e intelectual⁶⁶, enseñando a aquellos hermanos que empiezan a dar sus primeros pasos en la comprensión de las verdades espirituales. Así, “el verdadero maestro no puede mostrar inseguridad en la materia que enseña. Si alguno, pretendiendo instruir a los demás, necesita él mismo a su vez de quien confirme sus palabras, no merece ser contado entre los doctores, sino más bien entre los discípulos”⁶⁷.

3. Un ejemplo de *lectio divina* como *opus theologicum*: Jn 1,18

Expondremos una reflexión teológica de Jn 1,18⁶⁸ presentada por Juan Crisóstomo⁶⁹. Su finalidad es ver cómo se van concatenando los diversos tópicos planteados en los capítulos anteriores.

⁶⁴ Hom. III,1.

⁶⁵ Cfr. *Ibid.*

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ Hom. II,3.

⁶⁸ Este versículo “expone la importancia singularísima y exclusiva de la revelación cristiana”. (BLANK, J., *El evangelio según san Juan, Tomo primero a Cap I-IV y VI*, Herder, Barcelona, 1991, 104)

⁶⁹ Luego de exponer la necesidad de no tomar al pie de la letra lo que dice la Escritura sino de profundizar su sentido, Juan Crisóstomo procede a ejemplificar esta necesidad: “Pensemos, por ejemplo, en cómo el pasaje que hoy nos es propuesto dice que Dios tiene un seno...” (Hom. XV,1).

En primer lugar, describimos el pasaje evangélico citado: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer”⁷⁰.

Después, destacamos tres aspectos: la incapacidad del hombre de ver a Dios tal como es, el “lugar” en donde “reside” el Hijo que es “en el seno del Padre”, y Cristo que nos revela al Padre. Para acercarnos someramente a su verdadero sentido, tanto de la visión como del seno y su revelación, vamos a reflexionarlos detenidamente.

3.1. El sentido de la visión

Para esclarecer su verdadero sentido, el doctor antioqueno nos presenta unas consideraciones preliminares que nos serán útiles para tal fin. Primeramente, parte de ciertos pasajes de la Sagrada Escritura:

Por ejemplo, Isaías dice: “Vi al Señor sentado sobre un trono excelso y sublime”⁷¹. Ezequiel afirma que lo vio sentado sobre querubines⁷². Daniel dice “El Anciano de días se sienta”⁷³. Moisés dice: “Muéstrame tu gloria para que te vea claramente”⁷⁴. Y Jacob, que recibió el nombre de Israel, pues este significa “el que ve a Dios”.

⁷⁰ Jn 1,18.

⁷¹ Is 6,1.

⁷² Ez 1,26.

⁷³ Dn 7,9.

⁷⁴ Ex 33,3. “Moisés no vio el rostro de Dios, solamente oyó una descripción hecha por Dios mismo. Intentó transcribir en una Ley el conocimiento intelectual que había adquirido, pero no consiguió reflejar el ser de Dios. Esta ley debía haber sido una etapa preparatoria a la revelación plena; pero, al ser absolutizada, se hizo pantalla que velaba el verdadero ser de Dios y obstáculo para su manifestación, de ahí su fracaso” (Mateos, J. y Barreto, J., *El evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*, Cristiandad, Madrid, 2da. Ed., 1982, 78).

Ante estos casos, Crisóstomo se pregunta: “¿por qué dice san Juan que a Dios nadie le ha visto jamás?”⁷⁵.

Y el mismo doctor aclara que “tales teofanías habían sido una adaptación a la debilidad humana, no a la visión sin ningún velo de la misma sustancia divina”⁷⁶. Esta tesis la fundamenta recurriendo al profeta Oseas: “He multiplicado mis visiones y he sido representado por las manos de los profetas”⁷⁷. Es decir, Dios, al manifestarse, se ha adaptado a nuestra debilidad y no se ha aparecido tal como es. Pues si todos lo hubieran visto “no sería de forma diversa sino uniforme, simple”.

Tampoco se manifiesta a los ángeles, arcángeles, querubines y serafines. Ellos “no han visto la esencia de Dios”, sólo se limitan a cantar “gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”⁷⁸... “Los cielos y la tierra están hechos de su gloria”⁷⁹ (...). “Alabadlo, vosotras sus potencias”⁸⁰. Entonces ¿quién puede apreciar la esencia de Dios? Juan Crisóstomo concluye diciendo que “solo el Hijo y el Espíritu Santo lo contemplan tal cual es”⁸¹.

Al notar que no podemos contemplar a Dios cara a cara⁸², sin embargo, el Padre nos facilita un intermediario para poder hacerlo.

⁷⁵ Hom. XV,1.

⁷⁶ *Ibid.*

⁷⁷ Os 1,12.

⁷⁸ Lc 2,14

⁷⁹ Is 6,3

⁸⁰ Sal 148,2

⁸¹ Hom. XV,1.

⁸² Según LEÓN DUFOUR, existen dos tradiciones bíblicas que señalan por qué el hombre no puede ver a Dios. La primera se debe a que el hombre es pecador. Por lo tanto,

En este caso, es su Hijo Unigénito. Para tal fin, este se manifestó en la carne humana⁸³, pero no en virtud de su sustancia. Así se exteriorizó no solamente a los hombres sino también a los ángeles.

Ante esta respuesta, Crisóstomo formula una nueva pregunta: «¿Por qué dice Cristo entonces “no despreciéis a uno de estos pequeños, porque en los cielos, sus ángeles contemplan siempre el rostro de mi Padre?”»⁸⁴. Es decir, “¿Tiene Dios una cara y está fijo en el cielo?”⁸⁵.

Él mismo responde partiendo de la bienaventuranza: “Dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”⁸⁶. Cristo, en efecto, habla de la visión que no es posible merced al entendimiento y al pensamiento que se representa a Dios. Y esto también es aplicable a los ángeles⁸⁷. Por esa razón se fundamentan ciertos pasajes bíblicos que demuestran la incapacidad del ser

“el no santo no puede acceder al Santo, so pena de morir”. Enseguida, el autor expone dos pasajes bíblicos en donde se fundamenta tal tradición: Is 1,5: “¡Ay de mí! ¡Estoy perdido! ¡Porque soy un hombre de labios impuros y habito en medio de un pueblo de labios impuros, y mis ojos han visto al Rey, Yahvé de los ejércitos!”. Luego Ex 33,20: “Tú no puedes ver mi rostro, porque el hombre no puede verme y vivir”. Finalmente, la otra tradición que relaciona directamente esta imposibilidad con la trascendencia absoluta de Dios. “Cuando Moisés le pidió a Yahvé: ¡Hazme ver tu gloria!, Dios le contestó: Te cubriré con mi mano durante mi paso ante ti... Me verás de espalda; ¡pero mi rostro no se puede ver!” (Ex 33, 22s). La expresión “ver de espaldas” significa que no se deja captar más que en símbolos. (Cfr. León-Dufour, X, *Lectura del evangelio de Juan. Jn 1-4, Vol. I, Sígueme, Salamanca, 1993, 2da. ed., 106-107*).

⁸³ Cf. 1 Tm 3,16. Estamos hablando de la Encarnación. Jesús, al asumir un cuerpo, él mismo preparaba a los hombres para que contemplaran la sustancia de Dios en la medida en que les era dado hacerlo.

⁸⁴ Hom. XV,2.

⁸⁵ *Ibid.*

⁸⁶ Mt 5,8.

⁸⁷ Cfr. Hom. XV,2

humano de ver directamente a Dios: “¿Quién lo ha visto para dar cuenta de él?”⁸⁸; “A nadie ha concedido anunciar sus obras. ¿Quién penetrará sus grandezas?”⁸⁹. “Trabajo nos cuesta conjeturar lo que hay en la tierra, y lo que está al alcance de nuestras manos sólo lo encontramos con esfuerzo; pero lo que está en los cielos, ¿quién lo ha descubierto?”⁹⁰.

Entonces, ¿estamos en la ignorancia? Nuestro predicador afirma que no, puesto que todos lo vieron desde sus capacidades humanas. Sólo el Hijo lo ve en su sustancia. A esta respuesta corrobora León Dufour citando a Filón de Alejandría, el cual, aludiendo a la aparición de Yahvé a Abraham, menciona que a este “le salió Dios a su encuentro y le mostró de su naturaleza lo que era capaz de ver aquel que miraba. Por eso se dice, no ya que el sabio vea a Dios, sino que Dios se da a ver al sabio”⁹¹. Es decir, Dios se adapta a la naturaleza y a las posibilidades de cada ser humano, y es un “sujeto que se deja encontrar”⁹².

3.2. El sentido del “seno del Padre”

Cuando nos encontramos con términos tales como “seno”, inmediatamente los comprendemos desde nuestras categorías humanas. Así, en el vocablo que nos incumbe, lo valoramos como

⁸⁸ Si 43, 31.

⁸⁹ Si 18, 4.

⁹⁰ Sab 9,16. Cfr. Sal 106,2; Pr 30,4; Ba 3,29.

⁹¹ Citado por LEÓN DUFOUR, en FILÓN, *De Abrahamo* 8 (*Oeuvres* 20,27).

⁹² LEON-DUFOUR, X, *op. cit.*, 107.

el regazo de la madre que acoge a su hijo⁹³, la tierra que sostiene la vegetación, etc. Pero nuestro autor va más allá de tales concepciones corpóreas de la palabra⁹⁴. En efecto, nos indica que el sentido del vocablo “seno” es para indicar “cuán grande es la unidad y la afinidad de la sustancia, así como también que es absolutamente idéntico el conocimiento e igual el poder”⁹⁵. Esto significa que el Hijo es el único que conoce al Padre en su totalidad⁹⁶, pues está siempre junto a Él⁹⁷, vive en su intimidad y es semejante a Él⁹⁸, “está de cara al Padre, acogido en su intimidad; y esta relación no es momentánea o accidental, sino que define la postura connatural del Hijo en la presencia del Padre. Hay que añadir que esta relación de intimidad “no se trata solamente de proximidad (...), sino también de una especie de finalidad”. Es así que, como afirma León Dufour citando a I. de la Potterie, “el Hijo único está vuelto hacia el corazón del Padre”⁹⁹. Solamente Jesús, el Dios engendrado, por su experiencia

⁹³ Del griego “*kólpos*” designa la parte anterior del tórax humano. La mujer descansa en el regazo del hombre (Dt 13,7; 28,54) o el hombre en el regazo de la mujer (Dt 28,56). Este gesto de cariño, propio de los esposos es también el de una madre o el de una nodriza (1 R 3,20; Rut 4,16; Is 49,22)”. (LEÓN-DUFOUR, X, *Lectura del evangelio de Juan. Jn 1-4, Vol. I*, Sígueme, Salamanca, 1993, 2da. ed., 109).

⁹⁴ Crisóstomo ya intuye este peligro de que consideremos que Dios es corpóreo. Por esa razón quiere salir al paso de tales sospechas (Cfr. Hom XV,2).

⁹⁵ *Ibd.*

⁹⁶ Cfr. *Ibd.*

⁹⁷ Cfr. BROWN, R, *El Evangelio según Juan I-XII*, Cristiandad, Madrid, 1999, 212.

⁹⁸ Cfr. ZUMSTEIN, J., *El evangelio según Juan (1-12)*, Sígueme, Salamanca, 2016, 83; LEÓN-DUFOUR, X, *op. cit.*, 109.

⁹⁹ Citado por LEON DUFOUR en I. DE LA POTTERIE, *La verité dans saint Jean*, 2 vols., Roma, 1977, I, 234.

personal e íntima, puede expresar lo que Dios es”¹⁰⁰. Así puede volverse Palabra de Dios entre sus hermanos.

Entonces, el Hijo vive en el seno desde toda la eternidad, es coeterno, y es el único que reside en Él. Esto significa que “el Padre no podría tener en su seno a quien fuera una criatura. Como tampoco osaría vivir en el seno del Padre alguien que no fuera sino una de las innumerables criaturas, pues vivir en el seno del Padre es cosa que sólo conviene a un hijo verdadero, que puede tratar a su progenitor con la mayor de las confianzas y no ocupa ninguna posición de inferioridad respecto a él”¹⁰¹.

3.3. El sentido de la palabra “nos lo ha dado a conocer (revelación)”

Para llegar al conocimiento del Padre, san Juan Crisóstomo enumera tres condiciones importantes: En primer lugar, “que cuanto existe es obra suya”¹⁰². Aquí no se trata de un conocimiento meramente filosófico (teodicea) de carácter especulativo de la esencia divina, “sino de reconocimiento de las relaciones que existen entre Dios y el mundo, especialmente de su amor, que quiere salvar a los hombres...”¹⁰³. Tampoco, como dice Wikkenhauser, “no implica la afirmación de que Dios, como ser espiritual que escapa a los

¹⁰⁰ MATEOS, J. y BARRETO, J., *El evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegetico*, Cristiandad, Madrid, 2da. Ed., 1982, 78.

¹⁰¹ Hom. XV,2.

¹⁰² Hom. XV,3.

¹⁰³ Wikennhauser A., *El evangelio según San Juan*, Herder, Barcelona, 1972, p. 80.

sentidos,...puede ser conocido por la inteligencia o la razón”¹⁰⁴. Pero solamente el Hijo¹⁰⁵ es el que nos da a conocer con mayor plenitud quién es el Padre, que es “espíritu y verdad”¹⁰⁶. “En su figura se hace visible quién es Dios realmente. Él es la beatificante interpretación de Dios, la versión de Dios al terreno de lo humano”¹⁰⁷.

Para llegar a ser dignos de tal revelación, el doctor antioqueno nos exhorta a llevar un estilo “de vida excelente y digno de honor”¹⁰⁸. También nos amonesta a “tratar de no tener nada que ver con lo terrenal”¹⁰⁹ con la finalidad de “llevar nuestro pensamiento más allá, y para hacer de nosotros, en la medida en que ello es posible, verdaderos imitadores de nuestro maestro”¹¹⁰.

En esto último, nuestro predicador quiere ampliar el sentido de ser “verdaderos imitadores” de Jesucristo. En efecto, Él no buscó su propia complacencia sino la de los demás. “Si cada uno de nosotros se fija como objetivo el bien del prójimo, estará trabajando, también, por su propio provecho, pues las cosas de nuestro prójimo son también nuestras”¹¹¹.

A continuación, y como conclusión de su homilía, Juan Crisóstomo nos insiste en la importancia de la búsqueda del bien común, del

¹⁰⁴ *Ibid.*

¹⁰⁵ Cfr. Hom. XV,3.

¹⁰⁶ Hom. XV,3.

¹⁰⁷ Blank, J., *El evangelio según san Juan, Tomo primero a Cap I-IV y VI*, Herder, Barcelona, 1991, 104-105.

¹⁰⁸ *Ibid.*

¹⁰⁹ *Ibid.*

¹¹⁰ *Ibid.*

¹¹¹ Cfr. Rm 12,5; Hom. XV,3.

cuidado del otro y de buscar el provecho del otro más que el de uno mismo. “Nadie odia su propia carne, sino que la alimenta y la rodea de cuidados”¹¹².

Conclusiones

1. Toda *lectio divina* conlleva la elaboración y organización de un pensamiento teológico que ayude a ampliar o a profundizar la doctrina. Esto lo vemos en el pensamiento de Juan Crisóstomo. Y esta visión es actual para nuestro contexto monástico: nuestra *lectio divina* no debe quedar únicamente en un buen momento de goce espiritual limitándonos a escuchar lo que el Señor, a través de su Palabra, nos quiera comunicar. No. Esto es apenas un primer paso. Por lo tanto, es necesario, recoger lo escuchado, rumiado, profundizado, para relacionarlo con nuestra vida concreta y enriquecerla con las enseñanzas de otros autores espirituales tanto antiguos y medievales como modernos y contemporáneos. Así lograremos fortalecer y cualificar el fruto adquirido, adherirlo a nuestra formación y que sea capaz de generar nuevos horizontes y enfoques.
2. Cuando hablamos de *opus theologicum* no pretendemos vincularlo únicamente al pensamiento de los teólogos y expertos de la Palabra. Esto incumbe naturalmente a todos nosotros que vivimos en el claustro inmersos en la escucha de la Palabra. Con esto no pretendemos afirmar que todos deberán poseer unas capacidades intelectuales suficientes para dedicarse exclusivamente

¹¹² *Ibid.*

a la investigación y a la producción de pensamiento teológico. No. Algunos ostentarán la capacidad de realizar una síntesis de lo leído, investigado y profundizado a lo largo de la jornada; pero otros, al no tener esa cualidad del trabajo intelectual, lo invertirán en darle sentido en los trabajos manuales y sencillos que se tienen en el día a día. En fin, esta posibilidad está abierta para todos, pero encuadrándose desde las posibilidades de cada uno. Por eso la teología no es una parcela propia de eruditos sino de todos aquellos que saborean la doctrina y la enseñan con la experiencia de vida.

3. La Palabra leída en la *lectio divina* tiene gran importancia en la Liturgia. Esta, que celebra el Misterio de Cristo, hace que aquella palabra adquiera nuevas dimensiones, tanto personales como comunitarias. Su significado se amplía, se ensancha en la celebración eucarística y en el Oficio divino, ya que, al tomar contacto con otras lecturas, se enriquece y lleva al monje a vivirla con mayor sentido. Percibe que todas las observancias monásticas adquieren un nuevo vigor, amplitud y claridad. Y ello porque la palabra no se queda con lo recibido, sino que germina y da a luz nuevos saberes. Este proceso lo asemejamos con la parábola de los talentos: empieza a producir más pericias. Por todo ello, la liturgia se constituye como el campo de cultivo de esa palabra. Como decía F. Rivas, “Cristo es quien se va revelando paso a paso (en la Liturgia) al monje, llevándolo a un conocimiento cada vez más profundo de su identidad en Cristo. Y es por ello que son inseparables vida espiritual y teología”¹¹³.

¹¹³ RIVAS, F. “La *Ratio Studiorum* y la Teología Monástica”, *Cuadernos Monásticos* 43:164 (2008), p. 17.

4. La *lectio divina* y el *opus theologicum* se desarrollan por medio de un camino mistagógico, el cual, según Rivas, “debería llevar a que el monje pueda percibir en cada momento y actividad del día un reflejo de lo que vive y celebra en la liturgia, el Misterio de Cristo, y de este modo ir construyendo en su interior la Teología Monástica, gracias al descubrimiento de la divinización de todas las cosas en Cristo”.¹¹⁴
5. Este trabajo nos plantea un reto: nos invita a volver constantemente a las fuentes bíblicas, patrísticas y monásticas con la finalidad de actualizarlas, vivificarlas y renovarlas a partir de nuestra realidad concreta. Nos siguen transmitiendo ese conocimiento experiencial que contribuye a cualificar el sentido de nuestra vocación monástica y así generar nueva producción intelectual y experiencial para la Iglesia de hoy que tanto nos pide y nos urge.

Como se ve, la *lectio divina* constituye, sin lugar a dudas, la esencia de la teología monástica (*opus theologicum*) y de la espiritualidad.

Referencias bibliográficas

- APARICIO, A., *Salmos 107-150*, Desclée De Brouwer, 2009.
- BLANK, J., *El evangelio según san Juan, Tomo primero a Cap I IV y VI*, Herder, Barcelona, 1991.
- BROWN, R., *El Evangelio según Juan I-XII*, Cristiandad, Madrid, 1999.
- DE LA TORRE, J., *Literatura cristiana antigua, entornos y contenidos, Vol. III*, Monte Casino, Zamora, 2002.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 20.

- DI BERARDINO, A. (ed), *Diccionario Patrístico y de la antigüedad cristiana II, J Z*, Sígueme, Salamanca, 1992.
- FARMER W. y otros, *Comentario Bíblico Internacional. Comentario católico y ecuménico para el siglo XXI*, Verbo Divino, 1999.
- JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el evangelio de Juan*, Biblioteca de Patrística, Ciudad Nueva, Madrid, 1991.
- LEÓN DUFOUR, X., *Lectura del evangelio de Juan. Juan 1-4, Vol. I*, Sígueme, Salamanca, 1993, 2da. ed.
- MATEOS J. y J. BARRETO, *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético*, Cristiandad, Madrid, 2da. Edición, 1982.
- MORLA, V., *Proverbios*, Desclée de Brouwer, 2011.
- QUASTEN, J., *Patrología II*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1994. 5ta. ed.
- RIVAS, F. “La *Ratio Studiorum* y la Teología Monástica”, *Cuadernos Monásticos* 43:164 (2008), 11 32.
- TREVIJANO, R., *Patrología*, Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid, 2001, 3ra. ed.
- VICIANO, A., *Patrología*, EDICEP, Valencia, 2001.
- WIKENHAUSER, A., *El evangelio según San Juan*, Herder, Barcelona, 1972.
- ZUMSTEIN, J., *El evangelio según Juan (1 12)*, Sígueme, Salamanca, 2016.

Monasterio Cisterciense “Santa María del Paraíso”

*Ap. 05-01-259 Latacunga
ECUADOR*